

## **Jeremías Cáliz**

Nació en la aldea Las Pilas, Sulaco, Yoro. En la secundaria estudió Bachillerato Técnico en Marketing. Luego se graduó como licenciado en Administración de Seguridad Pública y máster en Dirección de Recursos Humanos. Actualmente es subcomisario de la Policía Nacional y se desempeña como subdirector y coordinador académico de la Universidad de la Policía en San Pedro Sula. Empezó a leer cuando abrieron la biblioteca pública de su aldea, en 2000, y desde entonces lo cautivaron las historias. En 2010 comenzó a escribir, inspirado principalmente por sus 15 sobrinos, con quienes comparte la magia de imaginar. Actualmente tiene dos libros de relatos que están en proceso de edición y pronto serán publicados.

### **Comentario**

Los protagonistas de los dos relatos de Jeremías Cáliz incluidos en esta antología buscan escapar de la rutina. El primero de estos cuentos es como un escenario construido con palabras, para el contacto más intenso entre dos seres humanos, y una canción es el hilo que los ata. ¿No es esto como un milagro? El segundo está protagonizado por un personaje insólito, en una situación levemente más insólita,

## **Azul espejo**

y sin embargo realista. Se trata de una confusión que a todos nos pueda pasar y por eso la sentimos cercana, aunque el protagonista sea imposible. Ambos relatos están contruidos con lúdica ligereza, a pesar de que con ellos el lector puede recordar su vida y pensar si lo que hace a diario vale la pena. Están hechos para leerse con rapidez y una especie de placer minimalista, pero son capaces de detonar los cuestionamientos más profundos. De su aparente inocencia emerge su más grande fuerza expresiva.

## **La música del alma**

La noche estaba cargada de una vibrante energía. El Chelito, en su uniforme, había dejado atrás la patrulla y los kilómetros de carretera. Hoy no era el día de la rutina. Era el día para él. Para el Chelito. Para ese hombre que, en el fondo, sólo quería bailar y sentir el ritmo de la vida fluyendo por sus venas.

El concierto de bachata que había estado esperando durante semanas estaba por comenzar. La ciudad estaba ardiendo en luces de neón, pero para El Chelito todo desaparecía cuando el ritmo empezaba a sonar. Al entrar al recinto, la música ya podía sentirse, como un susurro que se transformaba en una ola potente de emociones. Su cuerpo vibraba al mismo compás que el corazón de la multitud. Se adentró entre la gente, buscando un lugar en primera fila. De fondo, el suave murmullo de conversaciones se desvaneció cuando el telón se levantó.

Un resplandor de luz iluminó el escenario. Y ahí estaba ella. La cantante, su voz como un hechizo, capturaba cada rincón del lugar con su poderosa presencia. Era imposible no quedarse embobado. Una mujer hermosa, con un vestido rojo que parecía fusionarse con el fuego que brotaba de su voz. Su mirada profunda y sus labios eran

## Azul espejo

como una invitación a un mundo que El Chelito nunca antes había imaginado.

La música comenzó a sonar y el Chelito sentía cómo cada nota le recorría la piel. La bachata se colaba por sus venas, arrastrando sus pensamientos, llevándoselos a un espacio donde sólo existían el baile, el sonido y el deseo de moverse al ritmo de la vida. Los primeros acordes parecían un toque sutil en sus pies, invitándolo a un movimiento que no podía resistir. La guitarra, el bajo y los teclados hicieron una combinación perfecta con la voz de la cantante. "Mira qué bonito, mira qué hermoso es este amor...", cantó ella, y el Chelito sintió el hechizo caer sobre él. Ella miró al público, buscando a alguien en particular, y de repente sus ojos se encontraron. Había una conexión instantánea, como si todo el universo hubiese conspirado para reunirlos en ese preciso momento. El Chelito no pudo evitar sonrojarse, pero sus pies, esos viejos amigos de siempre, comenzaron a moverse por su cuenta. El sonido lo envolvía, su cuerpo ya no podía quedarse quieto. Y así, en medio de la multitud, comenzó a bailar, liberándose del mundo, dejando que la música guiara cada paso.

La cantante se acercó al borde del escenario, sus ojos fijos en él. Su voz, suave y sensual, parecía cantar para él. Y, como si el tiempo no existiera, el Chelito dejó que la música tomara el control. Las notas lo arrastraron, lo llevaron a un lugar donde solo existían ellos dos. El Chelito

se dejó llevar por el ritmo, y aunque sabía que el concierto estaba lejos de terminar, algo más grande estaba comenzando. Los ojos de la cantante brillaban con la misma intensidad que los suyos. Cada giro, cada movimiento de cadera, cada paso en el escenario, eran una invitación a perderse en la magia de la música, a fusionarse con la melodía de una pasión recién nacida.

### Martita y el lunes que nunca fue

El cielo comenzaba a clarear, con un azul pálido teñido por las últimas gotas de la tormenta que había azotado la aldea durante toda la noche. Martita, una gata de pelaje gris perlado y ojos verdes como esmeraldas, se despertó con el sonido constante de una gotera que caía sobre el catre. Aquella mañana no sería como las demás.

Martita era conocida por su puntualidad y dedicación en el trabajo. Siempre impecable, con su uniforme perfectamente planchado y sus uñas pintadas de un elegante rojo carmín. Pero ese lunes, todo parecía conspirar contra ella.

Primero, la tormenta no solo había perturbado su sueño, sino que había dejado su hogar patas arriba. Un balde colocado apresuradamente en el suelo no fue suficiente para contener el agua que se filtraba del techo. Su hijo pequeño, un gatito de apenas dos meses, se había despertado con fiebre, y aunque ella intentaba calmarlo con suaves ronroneos, nada parecía funcionar. Su esposo, quien trabajaba en el sótano como relojero, no se percataba del bullicio de la casa. El sonido del tic-tac de los relojes que reparaba lo mantenía absorto, mientras Martita lidiaba con el caos.

Cuando la alarma sonó, Martita se levantó sobresaltada. Buscó desesperadamente su uniforme, solo para descubrir que no había electricidad para plancharlo. Sin embargo, se las ingenió para que sus bigotes estuvieran en perfecto orden y se puso su mejor vestido, uno azul celeste que resaltaba su porte elegante. Antes de salir, agarró su cartera de cuero marrón, un tesoro que había comprado en la tienda de Pancho durante una oferta imperdible.

Ya en la calle, Martita caminaba con paso apresurado, sus tacones resonando contra el empedrado mojado. En el camino se encontró con Carla, una gata de pelaje anaranjado y ojos chispeantes. Carla, siempre parlanchina, corría emocionada hacia ella.

—¡Martita! ¡Tienes que escuchar lo que pasó ayer! —dijo Carla con una voz melodiosa mientras sus bigotes vibraban de entusiasmo—. Max, el gato más guapo de San Pedro Sula, ¡me invitó a pasear por la colina! Oía a pino fresco y menta, como un jardín de primavera.

Martita sonrió, pero su mirada denotaba prisa.

—Carla, querida, me encantaría escucharte, pero hoy no puedo. Voy tarde al trabajo. Prometo que al regresar te dedico todo el tiempo que quieras, y, si lo necesitas, hasta te doy algunos consejitos. —Le guiñó un ojo antes de continuar su camino.

## Azul espejo

Sin embargo, a pocas cuerdas de su destino, algo la detuvo en seco. Bajo un arbusto húmedo, un pequeño gatito lloraba de dolor. Tenía una de sus patitas atrapada en una cruel trampa para ratones. Sin dudarlo, Martita se acercó. Sus delicadas garras trabajaron con habilidad hasta liberar al pequeño. Con la ayuda de una mototaxi, envió al gatito al veterinario más cercano, asegurándose de que estuviera en buenas patas antes de retomar su camino.

Finalmente, llegó a su oficina, un edificio de ladrillos rojizos con un letrero que decía: "Oficina Central de Gatos Unidos". Intentó marcar su tarjeta de asistencia, pero el sistema emitió un pitido negativo. Confundida, fue directamente a la oficina de su jefe, un robusto gato siamés de bigotes imponentes.

—¿Qué haces aquí, Martita? —preguntó con una mezcla de sorpresa y burla—. ¿Tanto te gusta trabajar que hasta en vacaciones vienes?

Martita quedó atónita. Un relámpago de memoria cruzó su mente. ¡Era su primer día de vacaciones! Toda la prisa, el estrés y las complicaciones de la mañana habían sido innecesarias.

Se llevó una pata a la frente y dejó escapar una carcajada ronca y sincera.

—¡Qué tonta he sido, jefe! Creo que olvidé algo importante hoy: respirar.

Al salir de la oficina, la luz del sol atravesaba las nubes, iluminando las calles mojadas. Martita decidió que aquel lunes no sería un desastre, sino el comienzo de un tiempo para sí misma. Compró un café caliente en la esquina y se sentó en una banca del parque a contemplar la vida. Los pájaros cantaban tímidamente mientras las hojas brillaban con el rocío.

En ese momento, comprendió que a veces el universo tiene formas extrañas de recordarnos que hay que detenerse. Y así, con una sonrisa en su rostro y su corazón lleno de paz, Martita decidió que aquel día sería inolvidable, no por el caos, sino por la lección que le dejó.

Porque, al final, incluso los días torcidos pueden enderezarse con un poco de calma y amor propio.